

Sobrevivir en Burkina Faso

El sacerdote burkinabé Benoît Ruamba ofreció el miércoles una charla en el Museo Oiasso sobre la difícil situación que atraviesa su país

JOANA OCHOTECO

IRUN. DV. En el pueblo donde vive el padre Benoît Ruamba hay una única ambulancia. Y un hospital a muchos kilómetros de distancia. No pocas veces, el sacerdote suele tener que llevar a los enfermos en su propio coche, en una carrera contra el tiempo y los recursos. A veces consigue trasladarlos hasta el Hospital, «y otras veces no he llegado a tiempo».

Benoît Ruamba habló de la vida en Burkina Faso con voz profunda y calmada. No fue necesario aportar dramatismo al discurso, porque los hechos hablaban por sí solos. El encuentro con el sacerdote de la diócesis de Degougou, organizado por la ONG Txingudi Vida, se celebró el miércoles por la tarde en el museo Oiasso.



El sacerdote Benoît Ruamba ofreció en el museo Oiasso una exposición sobre su país. /F. DE LA HERA

Entre los más pobres

«Vengo a contaros lo que las personas de mi país querrían deciros, pero no pueden porque no tienen los medios», se presentó el padre Benoît Ruamba. Su exposición de la vida en Burkina Faso fue seguida con sumo interés por el público asistente, y no dejó a nadie indiferente. En el país africano la vida, más que vida, es una lucha constante por la supervivencia. «Es uno de los países más pobres del planeta. Ésa es la realidad, aunque no nos guste».

Benoît Ruamba comenzó explicando las características físicas y demográficas de Burkina Faso. «Somos 15 millones de habitantes, y el 85 por ciento de la población se dedica a la agricultura, que es la actividad principal. Si llueve, hay comida. Si no, no. En la mayoría de los hogares, comer tres veces al día es algo impensable».

Porcentajes dramáticos

Los porcentajes y las cifras, pese a ser simples números, ilustran perfectamente la dramática situación de Burkina Faso: un 77% de la población está en el paro. Sólo un 5% de los habitantes tienen luz y agua en casa. La esperanza de vida es de 48 años. Y por si todo esto no fuera suficiente, las terribles inundaciones que asolaron la pasada semana la capital del país, Ouagadougou, dejaron a 30.000 personas sin hogar.

Benoît Ruamba mostró durante la charla las imágenes de la tragedia: casas de barro destruidas, carreteras desaparecidas bajo el agua, y el único scáner del Hospital de Burkina totalmente inundado. «Hubo que cerrar el centro sanitario, que acogía a unos 3000 enfermos. La gente se ha quedado sin nada. No pueden pensar en llevar a los niños al colegio, sino simplemente en sobrevivir, en conseguir un nuevo hogar».

Precisamente los niños son los que mejor ilustran la dureza de las condiciones de vida en Burkina: «Para la mayoría, ir a la escuela es algo impensable. Los que pueden acudir, se levantan a las 3 de la mañana para poder llegar. Es por eso que las bicicletas son una de las ayudas más apreciadas», explicó Benoît Ruamba. También a muchas mujeres les toca levantarse a horas intempestivas para ir a buscar agua: «Muchas salen al amanecer y vuelven por la noche, con veinte litros de agua para que su familia pueda beber».

Proyectos en marcha

Pero Benoît Ruamba no quiso centrarse sólo en las historias e imágenes dramáticas, aunque ésa sea la cruda realidad. Su mensaje estuvo también lleno de esperanza, sobretodo cuando mostró los proyectos que, poco a poco, están saliendo adelante en Burkina Faso gracias a la ONG Txingudi Vida y a la implicación de los Ayuntamientos de Irun y Hondarribia en los mismos.

Un pozo de agua terminado a comienzos de este año, junto al cual va a construirse un orfanato cuyo primer edificio ya está en marcha. Los contenedores con medicamentos, ropa o bicicletas que Txingudi Vida les ha enviado, sin olvidar las dos ambulancias, tan necesarias, donadas por Larrialdiak. Tal y como explicó Benoît Ruamba, su llegada supuso una enorme alegría para todos: «**Para ellos, enviarles ambulancias es como enviarles vida**».

En los orfanatos, los niños encuentran algo de luz en el camino, aunque la forma en que llegan hasta allí es en ocasiones realmente dramática: «A muchos los abandonan en las carreteras, con la esperanza de que alguien los recoja y los traslade a algún orfanato». Las imágenes de los niños que mostró el padre Benoît Ruamba, bien cuidados y atendidos en estos centros, enseñaron la cara más amable de la situación: «Se les ve contentos y jugando, aunque la realidad en las calles sea bien diferente. En estos pequeños está el porvenir de Burkina y hay que cuidarlos».

Mensaje de esperanza

Los talleres donde hombres y mujeres pueden formarse en un oficio son otra de las tablas de salvación. «Aprenden a leer y escribir, les enseñan albañilería, carpintería, a tejer telares...». Esta formación es especialmente necesaria para las mujeres, ya que «si no pueden trabajar ni están alfabetizadas, sólo se las considera una máquina de hacer hijos. Aprender un oficio

amplía sus posibilidades». Benoît Ruamba habló también de los talleres especiales para discapacitados físicos, en el que la mayoría son mujeres.

La vida en Burkina Faso tiene mucho de supervivencia, pero la lucha diaria de sus habitantes por una situación mejor no cesa. Benoît Ruamba agradeció a Txingudi Vida y a los ayuntamientos de Irun y Hondarribia su colaboración. «Aunque en nuestro país no todo sean necesidades, esta es la realidad y toda ayuda será bienvenida». En su retorno a Burkina Faso, Benoît Ruamba volverá con un mensaje de ayuda y solidaridad desde tierras bidasotarras.